

deseos de Mazé-Kervella. Comprendía mis deberes como hombre, y en el momento de cumplirlos estaba avergonzado de sentirme con la debilidad de una muger. Hubiera querido triunfar de mi organizacion sensible, despertar mi voluntad adormecida, imponer silencio á todas estas voces interiores, cuyo tumulto me atormentaba; pero los lamentos se presentaban á mis labios; torrentes de lágrimas inundaban mi corazon, y tenia necesidad de quejarme y de llorar. ¡Que los vientos fuesen ligeros y la mar apacible, que los remos cayesen con suavidad, nada me importaba, porque ni el viento, ni la mar, ni el ruido de los remos podian cubrir mis ahogados sollozos!

“Tres veces Andres detuvo la barca, tres veces quiso cambiar de direccion, para volverme al Cabo. “Seria un bárbaro, decia él, si voy mas léjos, si te dejo consumir un sacrificio imposible.—Déjame, le respondia, obligándolo á seguir el camino. Esto es un momento en que no soy dueño de mí; pero no es mas que un momento. Ya me siento mas fuerte.—“No, no, tú me engañas, replicaba Andres. Y como los suspiros me impedian responderle, dejó caer los remos y se lanzó hácia mí:—“Queréis, me dice, que terminemos con este mundo miserable? ¡Abrazémonos y arrojémonos los dos á la mar!

Estas palabras de desesperacion, me hicieron estremecer y me volvieron á la idea de Dios, siempre compañera de la sumision y de la per-

severancia en el bien. En tiempo de las tempestades, las mas veces no es necesario mas que un trueno para despejar á la vez todas las nubes de un cielo sombrío. Una palabra de Andres habia disipado las tinieblas que me rodeaban. El se dirigió á un hombre, y fué un cristiano quien le respondió. Enjugué mi llanto, y yo mismo tomé los remos, y bien pronto subí á la escala de cuerda del navío donde era esperado. Andres me siguió con los ojos, y despues de haber hecho un saludo con la mano como último signo de amistad, se alejó rápidamente.

Al dia siguiente, cuando el buque partió, yo estaba profundamente triste, y no me avergonzaba como la víspera de ese desfallecimiento del alma, de ese abatimiento sin medida. De pié sobre el puente, vuelto hácia el punto de la costa donde adivinaba la Casa de Cabo, dije adios todavía á la vida de familia, á mis ocupaciones solitarias, á la patria, á todo aquello que me pertenecia, á esa continua ilusion de mi existencia. Pronto las asperezas de la rivera de Cornouaille desaparecian y tambien Roc-Nivellen se perdía en la distancia. El rio de Leon huía tambien, el extremo de Camfrout, la ensenada de Moulin-Blanc, la aldea de Saint-Marc, parecian una playa indecisa á los pies de costas oscuras. El comandante da las órdenes, el silbato del maestro de equipaje redoblaba sus agudos sonidos y la hermosa aldea Porstrein y las murallas de la isla marítima y los fuertes de

Portzic, de Minou, de Bertheaume y la terrible roca Mingan pasaban, huyendo, desapareciendo delante de nosotros. Saludé uno despues de otro, estos lugares conocidos; hubiera querido detenerlos, en mi horizonte, atraérmelos con una mirada ó quedarme yo allí adherido con todas las fibras de mi corazon. ¡Vanos deseos! el barco corria al impulso de sus velas. Busqué el promontorio de Saint-Mathieu y las ruinas de la Abadía; busqué el faro de Ouessant, de esta isla despojada, donde la tierra terminaba para mí; pero todo habia desaparecido; no veia mas que la mar.

Algunas veces, cuando sueño en los destinos del hombre en este mundo, encuentro que esta desaparicion es su mas fiel imágen. En una pequeña barca costeamos la tierra de nuestra cuna y de nuestros amores, la rivera de la infancia y de la mejor mitad de la juventud.

Despues subimos forzosamente al navío donde la vida comun nos reclama; en lugar de un remo que nos mecía en un rio casi ignorado, velas inmensas y aladas van á llevarnos al Oceano. El navío se mueve, nos arrastra; adios de las costas de nuestros primeros años, donde mas de una roca árida se levanta tal vez, pero que vista de léjos, no tiene ninguna aspereza y se confunde en un conjunto armonioso! Vamos, marchamos, corremos. Estos campos nos deleitan y pasan; esta ciudad nos atrae y pasa como ellos: porque el tiempo no sabe detener nada,

ni él mismo se detiene. Así avanzamos á la alta mar, hácia la inmensidad misteriosa sin límites, entreviendo apenas los cuadros sucesivos que se deslizan á nuestra vista. En fin, la tierra se nos va á escapar, doblamos el último promontorio; el Cabo de la vejez, minado por las tempestades de otra edad y coronado de ruinas: entonces aparece delante de nosotros una isla y un faro. Esta isla es la vida despojada de todos sus atractivos: este faro es la esperanza en Dios, es la lámpara de la eternidad.

Yo no hacia estas reflexiones al comenzar mi primer viaje: sin embargo, mis pensamientos eran serios y mi imaginacion profunda. Cuando ya no ví las riveras de mi patria, me ocupé de lo que pasaba en el navío. Al dejar la Casa del Cabo, yo no sacrifiqué solamente la mano de una mujer que amaba: adherido á mi país por los gustos campestres y por una abundancia de sentimientos que todo lo animaban en rededor de mí, tenia una gran repugnancia por mi nueva carrera; la vida en comun, sobre todo, me inspiraba un disgusto invencible. Nacido para la soledad, reservado en mis maneras, desprovisto de buen humor, contemplaba con ansia esta multitud de hombres, de quien yo debia ser compañero. En efecto, durante muchos meses, sufrí esas miserias intestinas, inevitables en una gran reunion de individuos. Los juegos estrepitosos de los que me rodeaban, las imprecaciones de este, los gestos del otro, me hacian echar menos cien veces por dia, la

204
mansión de la playa, y esto no era únicamente por Natividad. Tenía sed de paz y de silencio. Sin interés en la conversación de los otros y sin poderme entregar á mis pensamientos por exponerme á ser bruscamente interrumpido, me fué necesario renunciar á poseerme á mi mismo. Cuando el infortunio nos ha dado golpes terribles, las contrariedades nos atormentan como piquetes de aguijón, y estas últimas heridas no son siempre las menos dolorosas. Así entré en la vida real, en la vida de todo el mundo; mi novela se había quedado en el Cabo, y contaba mi historia.

“Estos fastidios, que sin duda no han probado muchos jóvenes marineros, y que son la consecuencia de una organización demasiado delicada, estos fastidios me fueron saludables. Al ver mis tristes preocupaciones sobre diversos objetos, sentía que la Providencia aligeraba un poco mi primera carga. Otra cosa contribuía á esta dulzura; me miraba como privilegiado del infortunio y me complacía en acariciar las vanidades de mi dolor; pero bien pronto las confidencias me hicieron conocer cuánto me engañaba. ¿Lo diré? en un momento fuí humillado al ver otros lotes igualar á mi lote de miserias, ¡así el hombre mezcla el orgullo sumo á sus penas! Pero luego tomé consejo de la razón y comparando mis desgracias á aquellas que me habían sido contadas, resolví no dejarme abatir por nada.

205
“De las confidencias de que hablo, la historia del capitán fué la que me conmovió más. Este bravo marinero, tenía hacia mí un afecto verdaderamente paternal, y empleó todos los medios posibles para consolarme: “Nuestros amores y nuestras amistades en este mundo, me decía, nos dan siempre menos felicidad que disgusto. Pregantad á los hombres que han amado, y vereis que muy pocos de ellos han obtenido el objeto de su amor. Necesidades sociales, embarazos de fortuna, y otras consideraciones menos importantes, suscitan mil obstáculos á nuestros deseos. Todos á los veinte años soñamos en nuestra Eva aún inocente y en nuestro paraíso de delicias; pero no la encontramos, ó si la encontramos la perdemos luego. Vos habeis renunciado á vuestra compañera para hacer la dicha de un amigo: otro vé á la suya, antes de la edad, tendida en el lecho del dolor, y no vale para ayudarla á la resignación, el recuerdo de un noble sacrificio. Este es más desgraciado todavía, y yo estoy colocado en esas circunstancias. Se dirá que esas uniones perfectas, esas ligas misteriosas de dos corazones simpáticos no están en los designios del cielo; porque si se forman, son bien pronto desatados. ¿Será porque ellos nos apegan demasiado á este mundo, en el que no somos más que simples viajeros? Entonces en lugar de lamentarnos, mejor será bendecir á Dios por los bienes que nos ha dado para hacernos más fácil el gran misterio del sepulcro. Cuando un jardinero quiere trasplantar un árbol precioso, no lo arranca violenta-

mente de la tierra, sino que separa sus raíces una á una hasta que en cierto modo él se levante casi por sí mismo.

“La travesía de Brest á Tolon, duró un mes. Nos quedamos algunos días en este puerto, y tuve tiempo de escribir á mis amigos y de recibir noticias de ellos antes de dejar la tierra de Francia. Mi carta estaba afectuosa y calmada: la de Andres estaba lo mismo: solamente al concluir, su embarazo aparecia visible, las palabras le faltaban para aquello que queria decirme. El día del matrimonio estaba fijado; la ceremonia debia tener lugar el 10 de Setiembre, esto es, dentro de cuatro meses. Leí muchas veces esta carta y la coloqué en mi pecho, como para habituar á mi débil corazon á aquello que me anunciaba como penoso.

“Al día siguiente el navío se dió á la vela, los campos y las matizadas florestas, las casas de la ciudad, los olivos de la montaña y la montaña misma, se undian perdiéndose en el horizonte. Impelidos por un viento favorable, dejamos las islas de Hiyères á nuestra derecha y vimos frente á frente las Baleares, la de Cabrera, Palos, las montañas de Granada, Gibraltar, Madera, las Canarias y el Senegal. No quiero fatigaros con la historia de mis viajes; no quiero hablaros sino de la Casa del Cabo y de todo aquello que con ella se relacione. Nada os diré de Rio-Janeiro, de Tristan, de Acunha, ni del Cabo de Buena Esperanza: de todo esto no

guardo ni un solo recuerdo. Pero no sucede lo mismo con el Puerto de San Luis, ó mejor dicho, los Pamplémouses.

“El 6 de Setiembre, la víspera del día fijado para el matrimonio de Andres, nuestro navío anclaba delante de la elevada montaña de Pouce, en medio de las piraguas de negros y de los buques de cabotaje. Bernardino de Saint-Piere me habia hecho de la isla de Francia una segunda patria; ¿los hijos de Margarita y de Madama de la Tour, no estaban acaso en el número de mis amigos mas queridos? Tuve cuidado de no olvidar que la madre de Pablo era Bretona y de una familia de aldeanos. ¡Cuántas veces en nuestras tardes de Roc-Nivélén, me entretenia con mi hermana con el pico de la Decouverte, con el rio de los Lataniers y con el Cabo desgraciado! De aquel lado de la rada, el capitan me mostró el Coin-de-Mire, ese islote deshabitado donde los ojos de Virginia se fijaron sin duda muchas veces. Mi corazon palpitaba, mis ojos estaban húmedos, jamas habia sentido una emocion tan tierna. ¡Ah! ¿es que al compadecerme del infortunado Pablo, me compadecia á mí mismo! El comandante me permitió descender á tierra: pasé la noche en la ciudad, y al rayar el día me hice conducir á las Pamplémouses. A esta misma hora Natividad, debia empezar su tocador de novia.

Andres estaria sin duda radiante de alegria; los *discursistas* se dispondrian á hacer asaltos

de elocuencia á nuestra puerta, y ya cada familia de las invitadas, habria enviado sus ofrendas para el festin. La multitud iria á agruparse á nuestra salida al rededor de largos tablados, colocados bajo velas en forma de tienda. Dos ó trescientas personas al menos, estaban convidadas á la fiesta. ¡Qué bulla en la casa del Cabo! ¡Qué silencio al rededor de mí! Tempestades de mi corazon, ¡dónde estais! ¿Por qué estos pensamientos no despiertan en mí ningun sentimiento de rencorosa envidia ó de sombría desesperacion? ¿Algunos meses de contacto con otros hombres, que me mostraban por todas partes desesperaciones y molestias habian sido suficientes para hacerme mas sabio? Dios solo sabe el secreto de estas variaciones de nuestra alma; pero yo sí que en lugar de entregarme en esa mañana á las agonías mas desesperantes, no tenia sino ideas llenas de ternura, de abnegacion y de una resignacion apacible, que no carecia de dulzura. Yo soñaba entonces pensando mas en mi parroquia querida que en la Ile-de-France, cuando el esclavo que me servia de guia, se detiene y me hace una señal; estabamos en las Pamplemonsses.

La realidad no correspondia á los cuadros encantadores del poeta. Algunas casas miserables, un suelo muy pobre, raros bosques de cocos, una pequeña iglesia con un campanario cuadrado, pesado, muy semejante á una chimenea, hé aquí el Eden de Pablo y Virginia.

Yo no pude contener un suspiro, y recordé una supersticion de mi Bretaña. Durante el Evangelio del Domingo de Ramos, dicen nuestras muchachas, que los *Ankelcherian*, los *Viltansous*, todos estos duendes que danzan al derredor de las piedras druídicas, se ven precisados á desenterrar los tesoros que ellas ocultan bajo los menhirs y de sacarlos al sol; pero los disfrazan bajo la forma de guijarros ó de hojas secas. Para volver estos tesoros á su forma natural y apoderarse de ellos, basta arrojarles algun objeto bendito y pronunciar algunas palabras misteriosas conocidas solamente de los *Korrigan* y de las hadas de nuestras fuentes, y que ellas las enseñan á sus amigos.

“¡Oh poetas, decia yo dentro de mí, vos sois estos dichosos encantadores instruidos por las hadas! ¡vos recogeis el oro donde nosotros no vemos sino viles piedras y hojas marchitas!

Busqué el lugar donde debian estar las dos cabañas, para reposar allí un momento. Me acordaba de ese estremo de tierra donde Margarita cultivaba el trigo y las fresas, y que ella llamaba Bretaña. Me figuré estar sentado allí, y á este pensamiento corrieron lágrimas religiosas sobre mis carrillos. La Bretaña de Margarita evocaba la otra Bretaña; las casas enegrecidas se cambiaban en chimeneas cubiertas de plantas y de yerbas, los campos de cañas de azúcar se convertian en floridos eriales, y los cocoteros en encinos. La mar cooperaba á la ilusion;

sus olas bañaban también mis playas natales. El sol brillaba en el cielo: este mismo sol alumbraba á Natividad. Natividad, quien tal vez en esos momentos, arrodillada delante del altar prometia á su amado las gracias amables de Raquel y la honestidad de Rebeca. ¡Pobre hermana mia! La veia bajar la cabeza para ocultar sus lágrimas. No, decia yo para mí, tú no puedes ser desgraciada. Andres será bueno contigo, se mostrará realmente tu amigo y pronto le amarás como me amas á mí. Yo mismo, con el tiempo, arrancaré de mi herida aquello que tiene todavía de emponzoñado; me habituaré poco á poco, á abstenerme de la felicidad, y podré volver al Cabo para gozar de tu felicidad. Tomaré tus hijos en mis brazos, los acariciaré y les diré que amen mucho á su madre. Cuando ellos sean grandes, cuidaré de quitar de su imaginación todo alimento perjudicial, y los enseñaré á desconfiar del mundo, porque él promete sin cesar, y da muy raras veces. Si su alma es tierna y apasionada, la circundaremos los tres, con una red de ideas religiosas, y descansaremos en seguida en los cuidados de la Providencia. Yo velaré contigo, con Andres, que reanimado por tu amor, habrá recobrado toda su fé: cerraremos los ojos de nuestro padre, y recibiré mi parte de su última bendición. Yo no tendré ni esposa ni hijos, y sin embargo, no estaré sin familia. No tendré el nombre de esposo ni el de padre; pero tú me darás uno casi tan dulce, y será el de amigo. Cuando Dios me quite de este mundo, yo no me iré como un descono-

cido de quien nadie nota la ausencia. Habrá una casa donde se hablará largo tiempo de mí, donde se dirá, mostrando un lugar vacío:—Ahí estaba.....

“Así unos proyectos reemplazaban á otros, y yo pedía á una amistad tierna, lo que me había rehusado el amor. En el lecho de la adversidad, el hombre se revuelve sin cesar; pero el pobre enfermo, cambiando de posición, no sabrá curarse. Inmóvil, con los ojos fijos en la mar, me perdía en mis nuevos sueños. Todo estaba en silencio en mi rededor. No oía mas que la voz del negro, que sentado á alguna distancia, cantaba, ó mas bien dicho, suspiraba un refrán muy lento y siempre el mismo.

Estas olas, seguidas de las olas; este canto, dulce y monótono, me adormecía á medias: mis pensamientos se hacían inciertos, vagos como las sombras: me sentía mecido por una misteriosa armonía en que oía sin cesar estas palabras: *Dios, la Bretaña, y Natividad*: no sabia otra cosa y estaba contento. Despues me viene el sentimiento de la existencia. Me parece que un nuevo sonido se mezcla á mi sueño. Este sonido se parece á un sollozo: gemia, se apagaba y volvía á gemir.

Volví la cabeza del lado del negro; estaba dormido. ¿Este ruido que llegaba hasta mí, era acaso el murmullo de las olas?... Presté atención.... un largo suspiro se eleva, y despues

otro. Con las manos juntas, la frente sobre mis rodillas, escuché con viva atención.... ¡El ruido se acerca!..... ¡se hace distinto!..... ¡sois vosotros, oh campanas de mi parroquia! Frecuentemente os he oído desde los bosques de Kérerault ó de Roc-Nivélen para no reconoceros..... ¡Ah! sois, ¡no haceis sonar ahora el alegre repique de las bodas! A interválos iguales se oía un sonido lúgubre, un doble fúnebre..... Hice el signo de la cruz. El ángel de la muerte me anunciaba unos funerales.

Puede ser que me acuseis de una credulidad pueril. Yo mismo, hasta entonces, no había participado de una creencia universal en nuestros campos. Había oído hablar de signos mensajeros de la muerte, de luces sobrenaturales, vistas en las sombras, de golpes dados á nuestras puertas por una mano invisible, de movimientos de la herramienta en el taller del obrero que fabrica sepulcros; pero yo atribuía á los efectos de una imaginación supersticiosa, lo que Mazé, Natividad, y la mayor parte de mis compatriotas miraban como una advertencia del cielo. ¿Por lo tanto, á nosotros, ignorantes y ciegos, toca rechazar como quimeras, misterios que nos rodean y que nuestra razón no penetrará jamás? Cuando una desgracia que ignoramos nos hiere, para hacernos menos doloroso el golpe, uno de nuestros mejores amigos se encarga las mas veces de anunciárnosla. ¿No es posible que Dios, siempre ocupado del mas pequeño de nosotros, se reserve algunas veces es-

te privilegio de amistad? La Providencia tiene cuidado de un insecto, del pimpollo de yerba, descuidará de la muerte de un padre, de una madre, de una hermana, negándonos un signo de duelo?..... No soy yo quien debo decidir esta cuestión; me basta decir que reconocí el sonido de mis campanarios natales, y creí en la muerte del anciano padre ó de uno de los habitantes del Cabo.

“Detuve mi pensamiento en Mazé-Kervella: Andrés me había dicho en su última carta que nuestro padre se quejaba de no tener ya el mismo ardor por el trabajo. El maestro carpintero hablaba también de su próxima muerte, y por esto festinaba el casamiento de su hija. Entré en la Iglesia de Pamplémousses y oré largo tiempo por este hombre de bien que me había tratado como su verdadero hijo. ¿Existiría ó no, por fin, el hombre que yo había perdido?

Algunos días después, dejamos la isla de Francia y visitamos á Bourbon, Madagascar, Pondichery, Calcuta y una parte de las islas de la Oceanía. Yo no recibía ninguna noticia de Bretaña, estaba enfermo de fastidio y de inquietud. Muchos ataques de nostalgia, me ponían desagradado. En mis sueños, veía á Roc-Nivélen, el mirador de Kérerault, la capilla de San Juan ó la de Passage. Como un niño busca un rincón oscuro para comerse una fruta robada, yo me ocultaba en estos rincones para hablar el idioma de mi país y para con-